

VAQUERIZO GIL, D. (2018), *Cuando (no siempre) hablan “las piedras”*. *Hacia una arqueología integral en España como recurso de futuro. Reflexiones desde Andalucía*, JAS Arqueología, Madrid, 588 pp., ISBN: 987-84-16725-11-3.

Pocas disciplinas científicas disfrutaban de una percepción tan singular en la cultura popular como la arqueología, percepción ésta tan apasionante y romántica como, muchas veces, exagerada, irreal, parcial y sesgada. La propia evolución historiográfica de esta disciplina, de relativamente reciente consolidación y maduración científica y metodológica, ha contribuido a presentarla socialmente como una ciencia de extraordinarios hallazgos, aventuras inolvidables y, en definitiva, con los suficientes estímulos y retos como para que la profesión de arqueólogo –gracias, en parte, al cine y a la literatura– sea percibida como una dedicación profesional sugerente y deseable aunque, también es cierto, rara vez entendida como verdaderamente útil.

Sin embargo, y especialmente en suelo urbano, el patrimonio arqueológico – el mismo que consumen como bien de interés cultural y turístico, sobre todo en ciudades históricas, decenas de miles de turistas en nuestro país– es visto no pocas veces como una rémora al crecimiento y como un obstáculo al desarrollo urbanístico y a la implantación y mejora de la sociedad del bienestar con trágicos y vergonzantes ejemplos de “malas prácticas” en este sentido en decenas de ciudades españolas durante los últimos veinte años y que están en la mente de todos. A la vez, dando razón al axioma popularizado no hace muchos años de “*archaeology is sexy*”, centenares de estudiantes eligen la investigación o la práctica arqueológicas como el eje que marcará su futuro profesional matriculándose en los grados, postgrados y cursos de especialización que proliferan hoy en día sobre todo tipo de soportes y, cuando les es posible, sacrificando su descanso veraniego en favor de su formación en campañas de excavación estivales.

Todo lo aquí dicho, además –y que ya aporta un marco social sugerente, de referencia– se abre paso en medio de una realidad que conocemos bien quienes trabajamos en la materia o tenemos directa relación con quienes viven de ella y que dista mucho de los aspectos positivos hasta aquí consignados. Arqueólogos sumidos en el desempleo y, muchas veces, en la desesperanza y el descrédito respecto del futuro; visiones enfrentadas entre la arqueología que se hace en la academia, en la Universidad, y la que se practica en la empresa, entre esa arqueología llamada “de gestión” y la denominada “de investigación”;

multiplicación hasta el hartazgo de vacíos protocolos por parte de las administraciones responsables de la tutela y gestión del patrimonio arqueológico, muchas veces incapaces de entender la generosidad y el sacrificio personal que exigen sacar proyectos arqueológicos adelante y en muchas ocasiones con una gestión desarrollada, además, sin estrategia alguna y que, normalmente, se mueve al albor de intereses políticos; retracción, o reducción a la mínima expresión, de la inversión de fondos públicos para sacar adelante los proyectos arqueológicos; o generalización de títulos académicos –tanto grados como postgrados– que, pese a sus muy buenas intenciones, parecen desconectados de la realidad actual del mercado laboral son sólo algunos de los problemas reales de la arqueología que se practica hoy en día en nuestro país en medio de un contexto que, por tanto, y aparentemente, nadie consideraría oportuno y cuya sola descripción resulta poco halagüeña y hasta frustrante.

Ha sido precisamente este singular contexto –acaso porque, como se afirma en el libro que aquí reseñamos, éste “ofrece la oportunidad para cambiar el modelo” (p. 463)– el que ha hecho que, en los últimos años, desde algunos sectores de la Universidad –pero también desde otros, no menos legítimos y autorizados, nacidos del ejercicio libre de la profesión– se hayan venido publicando en España –y también en otros países europeos– trabajos –firmados por reputadas autoridades como G. Ruiz Zapatero, F. Criado, J. Ruiz de Arbulo o I. Rodríguez Temiño, entre algunos otros– en los que la disciplina arqueológica ha querido hacer un esfuerzo de autoconocimiento, de autocrítica, de autorreflexión, de autoexamen y, sí, también –aunque sólo ocasionalmente– de autorregulación.

En ese contexto, con notable oportunidad y no menos calidad –y audazmente promovida por un joven investigador bien avezado en las prácticas de epistemología y nuevas metodologías de la arqueología, Jaime Almansa– ha surgido la editorial JAS Arqueología que ha publicado ya algunos títulos –como *El futuro de la Arqueología en España* (Madrid 2011) o *Arqueología pública en España* (Madrid 2013)– que, pese al poco tiempo transcurrido desde su edición, nos parece se han convertido en herramientas de referencia a partir de las cuales conocer no sólo cuál es el estado actual de la arqueología en nuestro país sino, también, cuáles son las oportunidades de futuro que ésta encuentra –debe encontrar– en el actual contexto social y político y, también, para descubrir quiénes –con su reflexión sosegada pero también con su práctica contrastada– están aportando buenas experiencias y mejores planteamientos desde los que ilusionarse por una arqueología que, definitivamente, sea coherente con el nuevo contexto social en que ésta debe moverse y que, someramente, se ha caracterizado más arriba pero que, también, sea capaz de hacer del patrimonio arqueológico, de verdad, un recurso para el desarrollo socio-económico y para la mejora cultural de nuestras sociedades.

La última entrega de la imprescindible serie de publicaciones auspiciadas por JAS Arqueología –y en este caso de la mano del proyecto de I+D+i del

Ministerio de Economía y Competitividad “(P)atrimonio (A)rqueológico, Nuevas (T)ecnologías, (T)urismo, (E)ducación y (R)entabilización social: un (n)exo necesario para la ciudad histórica”– es el volumen que aquí se reseña, firmado por Desiderio Vaquerizo, Catedrático de Arqueología de la Universidad de Córdoba e investigador principal de dicho proyecto y que –como él afirma, glosa con acierto el prologuista del volumen, G. Ruiz Zapatero(pp. 1-8), y sabemos quienes estamos acostumbrados a seguir la calidad de sus trabajos y la fuerza inspiradora de su compromiso profesional–, ha pasado “dos tercios largos de *su* vida trajinando con la arqueología”( p. 11). Se trata de un atractivo volumen de casi 600 páginas –del que acaso sólo desmerece el aparato gráfico, no siempre de la calidad deseable– que, con todo tipo de materiales, reflexiones y, sobre todo, experiencias –y, por tanto, datos– constata, claramente, que “la arqueología está dejando de ser en buena medida una ciencia de elite para trascender a la academia y salir a la calle” (p. 479).

Proclamar esa constatación, que ya es muy profunda –pues además, nace de la consideración de un sinfín de variables y de la presentación de un nutrido *corpus* de “buenas prácticas”– no es, ni mucho menos, el único mérito del volumen que aquí valoramos, que, ya desde el título –y con propuestas prácticas concretas en muchas de sus páginas (véanse si no, a modo de ejemplo las recomendaciones vertidas como *desiderátum* futuro en pp. 489-490 y 501-502: imprescindibles)– reivindica una “arqueología integral en España como recurso de futuro”, reivindicación que, además, se presenta como totalmente justificada, necesaria y factible. La incorporación final de un *abstract* en inglés (pp. 581-588) ayudará, también, a que lo vertido por Desiderio Vaquerizo en este libro cale –ojalá que así sea– en la literatura anglosajona que, en última instancia, es la que ha puesto de moda el concepto –y, en parte, también la práctica– de la *public archaeology*.

El libro aparece estructurado en diez capítulos que, en realidad, nos parece obedecen a una secuencia temática clarísima que se sigue muy bien tras la lectura del sensacional prólogo de G. Ruiz Zapatero (pp. 1-8) y de un exordio (pp. 9-34) que, como el capítulo final, “Reflexión última” (pp. 493-524), bastan para justificar el esfuerzo invertido por el autor y para proclamar el acierto, y la utilidad futura, de una publicación como ésta. Como anotábamos, esa secuencia resulta aparentemente sencilla, pero nace de una reflexión muy completa respecto del reto de “conocer, planificar, controlar y difundir” (p. 365) el registro arqueológico que debe ser consustancial, hoy en día, al ejercicio profesional y responsable de la arqueología.

Por un lado, Desiderio Vaquerizo –fundamentalmente en los capítulos II (pp. 71-98), “El marco legal”, y III (pp. 99-140), “Arqueología y sociedad”– explica qué es la arqueología, cómo se ejerce hoy, cómo es percibida por la sociedad y, también, como es tratada por un voluminoso cuerpo normativo que es, además, exhaustivamente recapitulado en páginas extraordinariamente útiles (pp. 71-82). A continuación –durante los capítulos V, VI y VII dedicados a “la profesión de

arqueólogo” (pp. 179-208), a las “nuevas vías de desarrollo profesional” (pp. 209-314) y a la “Arqueología pública: o el uso social del patrimonio” (pp. 315-368)– el autor se detiene en caracterizar cómo –a su juicio, pero con refrendo en muchos proyectos que, realmente, actúan de ese modo o, al menos, lo intentan– debe ser hoy ejercida la arqueología. Todo ello con un claro objetivo: convertir la arqueología en útil para la sociedad (p. 46) pues “sólo si convertimos la arqueología en útil para la colectividad, si conseguimos cambiar la fascinación que siente habitualmente por ella la ciudadanía en interés histórico, cultural, monumental y también económico, ésta la hará suya, la apoyará y la financiará” (p. 474).

Dado que, como declara el propio autor, el libro nace desde una “posición crítica, polémica, involucrada y consecuente” (p. 15) –que, de hecho, se percibe a cada renglón– esa reflexión, que busca hacer posible “que la arqueología pase de rémora a proyecto estratégico de futuro” (p. 20), se apoya en una larga experiencia de quien escribe el volumen al frente de la investigación, el liderazgo y la colaboración en la gestión y la dinamización de un yacimiento arqueológico tan singular como es la ciudad histórica de Córdoba, tema sobre el que Desiderio Vaquerizo hace balance de sus experiencias en el capítulo IV, “el caso andaluz” (pp. 141-178) y, en mayor medida, en el VII, “el desencuentro cordobés” (pp. 369-460) que, aunque, por sus títulos, pudieran parecer de alcance estrictamente local introducen reflexiones que sirven como guía para un acertado diagnóstico sobre el estado actual de la arqueología en nuestro país y sobre cómo los equipos científicos responsables de la investigación deben también, definitivamente, comprometerse con la difusión dejando claro, además, en algunas de las páginas más preclaras del libro, cuál debe ser el papel a adoptar por la Universidad en la actual coyuntura (pp. 170-177); un papel que, se reclama por doquier en el libro, debe ser de “apoyo a la actividad profesional y garante del papel investigador” (p. 54) de la disciplina, la ejerza quien la ejerza.

Por último, tras caracterizar el marco social en que se mueve hoy la profesión de arqueólogo, el autor se pronuncia sobre el futuro –en el capítulo IX, “Detectives del tiempo: el futuro” (pp. 461-492)– en unas muy sabrosas y esperanzadoras páginas en las que Vaquerizo proclama una y otra vez que la actual coyuntura ofrece el mejor contexto, la mejor oportunidad, para un definitivo cambio de modelo, presentando, además, casi como único camino posible para la supervivencia de la profesión que, desde luego, no puede ser ya tal como la entendemos hoy y que, como proclama una de las iniciativas de éxito promovidas en los últimos años por el grupo Arqueología somos Todos –Rescate–, que coordina el propio Vaquerizo, debe esforzarse por hacer sencillo el tránsito entre el registro estratigráfico y la sociedad del conocimiento.

*Cuando (no siempre) hablan las piedras* puede parecer, por el tono en que está escrito el exordio inicial –también por la editorial que lo acoge, siempre crítica y sanamente reivindicativa y por el resumen que se ofrece en la contracubierta– un

título pesimista que no oculta, desde el comienzo, que la arqueología está en crisis (p. 27) y que se ruboriza al comprobar que gran parte de las recomendaciones vertidas por la *Ley de Patrimonio Histórico Español* de 1985 o por la *Convención Europea para la Protección del Patrimonio Arqueológico de Malta*, de 1992 –entre otras, que se detallan en un apartado específico (pp. 71-75)– se obvian e ignoran –“normas que no siempre se cumplen”, las define (p. 71)– y, lo que es más grave, se obvian e ignoran por quienes tienen las competencias en gestión y protección del patrimonio arqueológico pero también por quienes, desde la Universidad o desde la empresa, acometen su recuperación, investigación y, en el mejor de los casos, dinamización. Nada más lejos de la realidad. Desiderio Vaquerizo cree en la arqueología, pero defiende una arqueología concebida “como disciplina social” (p. 25), como “ciencia histórica y ciencia socialmente útil” (p. 46). Insiste también en que “la máxima competencia, la tolerancia, el rigor, la solvencia y la exégesis” (p. 29) son el único camino para una arqueología que de verdad “haga historia con un trascendente componente patrimonial añadido” (p. 62) y que aproveche sus potencialidades en tanto que “una de las disciplinas humanísticas que más fascina y llama la atención de los ciudadanos” (p. 107).

Lógicamente, y así se subraya en varias partes del libro, esa arqueología integral debe tener en cuenta no sólo la investigación, sino también la comunicación, pues “gestión y divulgación deben formar parte indisoluble de los planteamientos y objetivos de todo proyecto de investigación arqueológica” (p. 54), adaptando, naturalmente, esa comunicación a un público tan heterogéneo como lo es el conjunto de la sociedad. La postura, que, seguramente, como el propio autor espera (p. 16), generará recelo en muchos sectores de la investigación tradicional, parte de la base de que el arqueólogo debe ser un historiador con un riguroso cuidado de sus narrativas sobre el pasado y en el que la difusión científica sea una tarea más de su actividad profesional, sostenida y nutrida, desde luego, por la investigación (p. 69).

Al margen del coraje de -con abundante aparato crítico, del que da prueba la muy nutrida bibliografía (pp. 525-580), que es ya, desde luego, un *vademécum* extraordinario sobre por dónde han caminado en los últimos años las reflexiones epistemológicas firmadas por tantos y tantos colegas del ámbito europeo– poner por escrito algunas de las afirmaciones recogidas hasta aquí –y que, desde luego, como subraya G. Ruiz Zapatero en el prólogo “invitan al debate sosegado, pero activo y valiente; mueven a la autocrítica sincera y crean una cohesión disciplinar” (p. 2)–, quizás el principal mérito del trabajo de Vaquerizo es el de aportar soluciones, contrastadas en la experiencia de tantos años de trabajo defendiendo un singular modo de hacer arqueología que, probablemente, y como se ha dicho, se revele ahora como el único posible.

Aprovechar las nuevas tecnologías –tanto para la investigación como para la difusión (pp. 213-221)–, comprometerse directamente –a través de colaboraciones transversales entre disciplinas– con la didáctica del patrimonio (pp. 227-230),

reivindicar, a través de los medios de comunicación, la capacidad del patrimonio arqueológico para explicar el pasado y proyectar el futuro (pp. 124-129), conseguir que la población participe de manera activa en la conservación del patrimonio (pp. 276-280), transmitir con claridad, con acciones y proyectos concretos –un elenco de ellos se presentan como paradigmas especialmente en el capítulo VI, a propósito de los “parques arqueológicos” (pp. 239-275) y de la “recreación histórica” (pp. 276-290), y en el VII, sobre la arqueología pública y la “democratización” del conocimiento (pp. 334-365)– que es posible que la arqueología incremente “de manera exponencial la oferta patrimonial y cultural de nuestras ciudades históricas y de sus respectivos territorios” (p. 464), y sacar partido, además, de la excelente formación que acumulan hoy nuestros jóvenes (pp. 484-487) son algunas de las claves que ayudarán a que, efectivamente –como muchos deseamos– los resultados de la investigación “puedan ser asumidos de forma rápida y con profundidad por la comunidad científica (...) pero también sean transferidos, devueltos a la sociedad de la que forma parte y puestos a su servicio” (p. 180); un reto que con un volumen como el que aquí se reseña parece igual de apasionante que siempre pero, quizá, también ahora más fácil, o cuando menos más respaldado, y que, desde luego, se antoja ahora más lejos de esa “arqueología de ficción” como, en algún momento, la denomina el propio autor (p. 207).

Ciertamente, desde la perspectiva tan holística con la que se ha compuesto este libro, está claro que hay muchos más temas, que hay muchas más cuestiones que se tratan y que merecerían ser aquí reseñadas: la relación entre arqueología y conocimiento, la gestión del patrimonio como responsabilidad institucional, la estratégica tutela y conservación del patrimonio heredado, el reto de la transferencia de conocimiento (pp. 18-29), la burocratización de la investigación, la incomprensible incentivación de los proyectos de investigación sin trabajo de campo, la resistencia de la academia y otras “amenazas” a la arqueología integral (pp. 61-69), los excesos derivados del *boom* inmobiliario y arqueológico de los últimos treinta años (pp. 163-170), la problemática de los nuevos títulos o la falta de estatuto profesional del arqueólogo (pp. 203-207), la importancia del mecenazgo privado y, en particular, del micromecenazgo –que el autor, en acertada expresión de sabor clásico, llama “evergetismo de los humildes” (p. 490)–, las posibilidades y límites de la arqueología en comunidad (pp. 329-334), o la necesidad de digerir la abundantísima documentación generada en los años de febril actividad constructiva y consiguiente actividad arqueológica derivada (pp. 458-464), son algunas de esas cuestiones que también desfilan por las páginas de este volumen, escrito, además, con excelente y amena pluma.

Para cerrar está reseña, está claro que una de las ventajas e indiscutibles fortalezas de *Cuando (no siempre) hablan las piedras* es que cualquier lector, sea estudiante, arqueólogo, docente universitario o gestor del patrimonio, encontrará en este libro ideas e inspiración, estímulo, en definitiva, para seguir trabajando y hacer que, efectivamente, las piedras hablen –y lo hagan, además, siempre–, y no

hablen sólo a los historiadores, sino a toda la sociedad que, en definitiva, ha de ser la principal valedora y protectora de aquéllas.

JAVIER ANDREU PINTADO  
*Universidad de Navarra*